

de determinados puntos, teniendo conocimiento de que á varios oficiales y soldados, en su mayor parte extranjeros, les habían hecho ofrecimientos para pasarse á las filas republicanas. (1)

Ya el 14 de Mayo era materialmente imposible soportar tal situación; las esperanzas en el regreso de Márquez habían concluído, pues ni una sola comunicación envió desde su partida, en tanto que sí se habían recibido algunas del ministro Iribarren.

Designada la noche del 14 de Mayo para hacer el esfuerzo supremo y romper el sitio, se dieron las órdenes relativas; se había retirado ya de la línea de defensa una parte de la artillería, para establecer con ella la fuerte batería encargada de proteger á las tropas. A las doce de esa noche se debía verificar el movimiento que pusiera fin á una situación tan difícil como irremediable; pero á las ocho de la misma se presentaron á Maximiliano y á Miramón, el coronel Redonet y el general Castillo, comisionados por el general Méndez para obtener que fuera diferida hasta el día siguiente la salida, lo cual se concedió, conviniendo en que en la madrugada del 15 se efectuaría el movimiento, pues también se esperaba el resultado de una misión que se confirió al coronel Miguel López.

En la mañana del 14 de Mayo había asistido Maximiliano á los hospitales; se manifestó conmovido y dispuso que los doctores y enfermeros no se separaran de sus puestos. Solamente los generales sabían que esa noche sería la salida, y

(1) Antes de abandonar á Querétaro, quiso Maximiliano que los tres generales que tenían el mando del ejército, unidos al Jefe de Estado Mayor, dieran por escrito una relación sobre el estado en que se hallaba la plaza, y emitiesen su juicio acerca del partido que sería conveniente adoptar. En el documento respectivo los cuatro generales, Miramón, Mejía, Castillo y Arellano, trazaron á grandes rasgos la historia de la defensa de Querétaro, se hizo responsable al general Márquez del desgraciado desenlace que se preparaba, por no haber socorrido á la plaza durante los cincuenta y cuatro días transcurridos desde que salió de la ciudad sitiada; le acusaban de que había mal aconsejado á Maximiliano, debido á lo cual los republicanos hicieron sin grandes dificultades la concentración de sus fuerzas, medida que debió haberse evitado batiéndolos en detall al aproximarse á Querétaro; pero fué tenaz la oposición del general Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo, por lo cual se perdió la ocasión favorable para ello, aunque había entera seguridad de obtener éxito feliz, y el ejército imperial no se habría visto obligado á defenderse en Querétaro. También era acusado Márquez, porque siendo jefe de Estado Mayor no se ocupó de los preparativos que prescribe el arte de la guerra para la defensa de las plazas; no almacenó víveres ni pasturas, ni construyó una sola fortificación y dejó las semillas en haciendas que distaban quinientos metros de Querétaro, permitiendo que los republicanos las utilizaran y estuvieran bien abastecidos.

A las faltas cometidas por Márquez, atribuían los generales que desde el 20 de Marzo fuera insostenible la situación del ejército imperial; en esa fecha, un consejo de guerra resolvió que se continuara la defensa de Querétaro, que se fortificara la plaza convenientemente, que se crearan establecimientos de construcción y de reparación del material de guerra, para que el ejército tuviera las municiones necesarias por mucho tiempo. También se acordó que se hicieran frecuentes salidas contra el enemigo y que se sacara de México un ejército auxiliar, abandonando la capital en caso necesario.

aun ignoraban el punto por donde iba á efectuarse, lo cual debía decidirse oportunamente en consejo de guerra que para ello se reuniría.

En aquella singular noche del día 14, todo estaba dispuesto para la marcha; la corta cantidad de maíz que quedaba fué distribuida entre el regimiento de la Emperatriz, los húsares, guardias de corps y oficiales; el tesoro del Emperador se repartió entre el doctor Basch, el ayudante Pradillo, el secretario Blasio y los jefes Campos, Salm y López, debiendo llevar las onzas atadas á la cintura. Por la noche, ya tarde, fué López á ver á Blasio para llevarse el dinero que se le había de confiar y se indignó porque solamente se le había dejado plata, considerando esto como una prueba de desconfianza.

Cerca de las ocho de la noche fué enviado el coronel Salm, por orden de Maximiliano, para indagar con López si todo estaba dispuesto, y éste contestó con desembarazo "que todas las órdenes del Emperador se habían ejecutado." A las diez se reunió el consejo de guerra para decidir sobre el punto de ataque, para la salida; pero Mejía dijo que solamente tenía disponibles mil doscientos fusiles y suplicó que se aplazara el movimiento aún veinticuatro horas, á lo cual ninguno se opuso, antes bien, encontró Miramón ventajas en la espera, para hacer más confiado y descuidado al enemigo; sin embargo, Maximiliano resolvió que esa demora había de ser la última y que se abrirían paso, resueltamente, con certeza en la noche del 15 al 16 de Mayo. Después que se retiraron los generales, hizo llamar Maximiliano á López y le condecoró con la medalla acordada al valor, sin que se pudiera saber por qué hechos, ó de qué provenía la condecoración y solamente se sabía que se le había confiado una misión al campo republicano.

Decidió la junta de guerra que las paralelas del frente serían atacadas y también los flancos, procurando aislar la retaguardia del enemigo; pero se aplazó el ataque para el día 15, estando ya concluidos los puentes portátiles que debían dejar libre el paso sobre el río en varios puntos; se les distribuyeron á las tropas raciones de vino y carne de caballo, y se dictaron las demás disposiciones relativas, de manera que á las dos de la madrugada del día 15 no se esperaba más que la orden para comenzar el movimiento y la señal de ataque; algunos minutos antes de las dos, arrojaron los republicanos una granada sobre la garita de México y veinte minutos después se oyó otro cañonazo, pareciendo ambas detonaciones más bien señales ó puntos de atención.

A las once de esa noche se habían retirado del cuartel general los oficiales con la orden de prevenir sus respectivos regimientos y estar prontos para el ataque al amanecer. Desde esa hora, todos se ocuparon de poner en orden las armas y equipo del soldado. Hecho esto, se reúnen los franceses que estaban enrolados en la fuerza imperial, conversan sobre la conducta que debía observarse durante el ataque, y se retiran á su cuartel.

Ningún otro movimiento notable se percibe; pero los oficiales de guardia

añuncian que se ha enviado contra-orden del cuartel general, y teniendo en cuenta que una hora antes se había resuelto definitivamente en consejo de guerra el ataque, se sospecha alguna traición; la duda se desvanece al ver que los caballos del escuadrón húngaro que estaban á las once ensillados y enfrenados, ya á las dos de la madrugada aparecieron sin los arneses, no obstante las órdenes del Príncipe de Salm-Salm que mandó permanecieran listos toda la noche; pero se cree que la contra-orden fué dada por López, al que se obedecía por la posición que ocupaba cerca del Emperador.

El coronel Miguel López había regresado á la plaza á las nueve de aquella noche, y habiendo dado cuenta del mal éxito de sus esfuerzos para conseguir una capitulación, salió de la trinchera por segunda vez y al volver hizo que se retiraran de su línea las tropas que la cubrían; desarmó á algunos soldados, dispuso que otros voltearan las piezas que defendían el acceso al convento de la Cruz, y dando órdenes en nombre del Emperador, acabó por conducir á los republicanos desde la línea de defensa hasta el convento de San Francisco, situado en el centro de la ciudad que puso así en manos de los sitiados. [1]

Todo estaba dispuesto, conforme al plan del General Miramón, para la sali-

[1] El general Escobedo certificó: que la noche del 14 de Mayo, el ex-coronel D. Miguel López salió de la plaza sitiada de Querétaro, solicitando tener una enfermería con el general en jefe de las fuerzas sitiadoras, la cual tuvo verificativo en el alojamiento del coronel Julio M. Cervantes; en ella pretendió López que se permitiera á Maximiliano salir de la plaza, concediéndole garantía de la vida, á lo que no accedió Escobedo por carecer de instrucciones y estar expresamente prohibido por el gobierno celebrar tratados ó capitulaciones de ninguna especie con el enemigo. También certificó que se le había dado parte de que en la madrugada del siguiente día, había sido hecho prisionero el ex-coronel López por el general Francisco Vélez.—Ambos certificados fueron expedidos el 20 de Julio de 1867.

El general Vélez también certificó haber pedido al general Escobedo que López se quedara en su compañía y bajo su responsabilidad, por haberlo hecho prisionero personalmente y deberle servicios. El ex-teniente-coronel Yablousky, también certificó: que López lo había llamado á las tres de la madrugada para que avisara á Maximiliano, al general Castillo y á otros, que tratarán de salvar al Emperador, y también certificó que López para darle esas órdenes, se desprendió de las fuerzas liberales que le tenían preso, volviendo después á ellas.

Refiere el jefe López en su Manifiesto de Julio de 1867, que en la noche del 14 de Mayo, Maximiliano le preguntó si tendría ánimo para salir de la línea é ir á buscar al enemigo con la misión de tratar; y que le dió una respuesta afirmativa; recibió instrucciones del Emperador para que con la más prudente reserva fuese á solicitar se le concediera el permiso de salir con el Regimiento de la Emperatriz y el séquito de algunas personas. López sigue refiriendo que conducido ante el general Escobedo, con las formalidades que se emplean para recibir á un parlamentario, en una breve conferencia manifestó los deseos de Maximiliano, y Escobedo le contestó que no tenía facultades de su gobierno para conceder garantías, sino obligarlo á que se rindiera á discreción ó batirlo. López regresó al campo imperialista cerca de las doce de la noche y refiere que en esa hora comunicó el resultado de su comisión y que en consecuencia Maximiliano mandó desensillar sus caballos, los de su séquito y del Regimiento de la Emperatriz, preparados ya para la salida y se retiró á acostarse.

da de las tropas sitiadas; (1) se había retirado de los parapetos la artillería que debiera apoyar el movimiento, y municionando sus cofres de la mejor manera posible; pero el acuerdo de Maximiliano aplazando la salida para el día 15, comunicado cerca de las once de la noche á los generales Castillo y Miramón, detuvo el movimiento; el segundo de estos generales se dirigió á su alojamiento, después que se libraron las órdenes correspondientes y de haber sido advertidos todos los jefes de que podían permanecer tranquilos hasta que recibieran nuevas órdenes; únicamente las dos baterías destinadas á apoyar la salida quedaron sin volver á sus puestos, colocadas una parte en la plazuela de la Cruz y la otra en la puerta de los almacenes de San Francisco.

Mientras que acaecían esos hechos en el interior de la plaza, los sitiadores habían sido informados la noche del 14 de Mayo, que harían los sitiados la salida el día siguiente. A las tres de la mañana del 15 el general Francisco A. Vélez formó tres columnas de ataque y las condujo sobre la flecha del panteón de la Cruz, atravesando un terreno obstruido por los obstáculos formados con espinos y ramas que hacían muy difícil el paso. Los primeros que subieron al fortín fueron los jefes Agustín Lozano, Feliciano Chavarría, Pedro Yépez, Carlos Margain, Evaristo Flores y José M. Villegas, seguidos por los batallones de Supremos Poderes y Nuevo Leon.

Cerca de las cuatro de la mañana, el coronel Tinajero que mandaba en las alturas del convento de la Cruz, bajó al patio y dió parte de haber sentido por un flanco movimientos del enemigo; un momento después llegó un oficial á la guardia de trinchera, diciendo que le parecía que el enemigo estaba dentro de la puerta del propio convento, opinión que todos calificaron de preocupación del oficial, pues no había habido ni un solo disparo, ni el más ligero ruido, voz ó señal alguna de alarma, permaneciendo en lo aparente todo en la más completa quietud.

Era consiguiente que en la situación desesperada en que se encontraban los imperialistas, aparecieran en sus formas repugnantes la defección y la desobediencia, productos y derivaciones naturales del espíritu de conservación, del interés privado y del egoísmo; cuando se cree imposible encontrar la salvación en los esfuerzos colectivos, apela el espíritu humano á los esfuerzos individuales, sacrificando entonces á jefes y compañeros. Este hecho que se renueva constantemente en los trances angustiosos para la colectividad, se verificó en Querétaro, y fué preciso que Maximiliano tropezara con la traición en el conflicto desesperante en que se hallaba. (2)

(1) Para esa salida que debió verificarse en el curso del día 14, se habían construido diez y nueve puentes portátiles, había sido racionada la tropa con carne de caballo y vino tinto, y se dictaron otras disposiciones.

(2) Sostienen los defensores de la plaza de Querétaro, entre ellos el escritor Alberto Hain, que el coronel Miguel López, aunque fué protegido de Maximiliano, había entrado en relaciones con los republicanos durante los últimos días del sitio, les informaba de todas las resoluciones tomadas.

Aquellos momentos de angustia, de incertidumbre y de miseria, se prestaban para dar aliento al que quisiera medrar y quedar bien con el jefe á quien entregara la plaza, próxima á ser abandonada por Maximiliano. Presentábase á primera vista el jardín de la Cruz, lugar poco distante de los puntos avanzados de los republicanos, el más apropiado para dejar una entrada á los sitiadores; queriendo defenderlo se habían levantado trincheras cubiertas con artillería. López dispuso que se retirase de una de ellas la fuerza de guardia municipal de México que la guarnecía, y la reemplazó con tropa de irregulares al mando de Yablousky, amigo suyo de todas sus confianzas, y ordenó al subteniente Domet, de la guardia municipal, que se alejara con derrotero al Panteón, pues aseguró que eran suficientes los exploradores de Yablousky para defender la posición, y cuando Domet pidió á López que le permitiese colocar en la trinchera un cañón que provisionalmente había sido puesto á su cuidado, aunque no contaba con artilleros que lo sirvieran, López le contestó que tal precaución era inútil. (1)

Hemos dicho que se había notado en la ciudad de Querétaro la noche del 14 de Mayo, inusitado movimiento, á causa de la salida que iba á efectuarse y que se aplazó; habían quedado atalajadas las mulas en algunas piezas de artillería que estaban en la plaza de la Cruz, y listo ya el Regimiento de la Emperatriz vestido con uniforme de gala. Había comunicado el comandante de batería D. Antonio Salgado al subteniente Hans, que se preparaba una salida, recomendándole que cuidara del punto de la Cruz, porque seguramente iba á ser atacado antes de que amaneciera, y le dejó el mando de las dos piezas de artillería que estaban en la huerta del convento, siendo de notar que no llegó á ese puesto la noticia definitiva de lo resuelto acerca de aplazar la salida de la guarnición.

Todo parecía tranquilo en Querétaro á las dos de la madrugada, á cuya hora eran completos el silencio y la oscuridad. El subteniente Hans que dormía al pie de los cañones, acababa de ser despertado por el sargento Guzmán, conforme á

por Maximiliano y combinaba con los jefes sitiadores los medios de entregar la plaza, cuya caída no era dudosa, y en este caso, si la tomaban por la fuerza, López tendría que pagar con la vida los servicios que había prestado á la Intervención francesa y al Imperio, expiando las ejecuciones consumadas en los republicanos que habían caído en su poder.

Además, López debía alimentar profundo rencor contra muchos jefes imperialistas que, al saber que iba á ser nombrado general de brigada, enviaron en comisión, cerca del Emperador, al general Méndez para que le informara de que López era indigno de su real protección, y que tal nombramiento produciría efecto desastroso entre los que deseaban mantener en alto el prestigio del ejército.

[1] López era alto y corpulento, de un aspecto más bien norte-americano; tenía la cabeza cubierta con pelo rubio, algo oscuro en el centro, la frente irregular, en parte estrecha y en parte despejada, cubriendo la imperfección un mechón de cabellos, la mirada era torva, el bigote también rubio; á veces usaba perilla á la francesa. Vestía chaqueta encarnada de husar con adornos negros, y portaba varias condecoraciones, entre ellas la de la Legión de Honor; siempre montaba buenos caballos americanos y su apariencia militar hacía favorable impresión.



*Jacinto Meléndez.*

Escribano en la causa que el Consejo de Guerra formó en Querétaro al Príncipe Maximiliano. Meléndez era soldado de la 3ª compañía del Batallón "Guardia de los Supremos Poderes." Protestó cumplir con las obligaciones que le imponía su nombramiento, el 24 de Mayo de 1867. Siendo extraordinario el trabajo de las actuaciones, se le adjuntó diez días después otro escribano, Ricardo Cortés, sargento segundo del cuerpo "Cazadores de Galeana," hasta el 16 de Junio en que sustituyó á Cortés el sargento segundo de ambulancia Félix Dávila.